

Un poco ántes de amanecer, salió Papelon de la torre, despues de haberse empeñado en volver á la misma hora que la vispera.

Desde entonces cesaron las orgías: aunque el duque de Orléans era el amante titulado, no pudo sino muy rara vez, usar de los derechos que le concedía esa validez.

—Mi muy querida amiga,—dijo un día á Isabel,—sabeis que no soy hombre que turbo vuestros placeres; pero no puedo resolverme á perder vuestro afecto y á veros tan apegada á un miserable. Os ruego que volvais á vuestras alegres costumbres, y volveré á ser para esto el ministro de vuestras voluntades.

Esto desagradó mucho á la reina; porque Papelon, en vez de perder terreno, lo adquiría cada día.

Isabel le habia hecho uno de sus escuderos, y casi nunca se separaba de ella.

—Duque,—respondió al regente,—no son negocios de Estado en lo que tenemos que entendernos. Haced en ese punto lo que querais, y no os molestaré, como no quiero ser molestada.

—Querida reina, no quereis pensar en la bajeza de ese hombre?

—Y no tenemos poder para elevarle? Con todo, no lo harémos sino con medida, para no alarmaros, y á fin de que continuemos siendo buenos amigos, no teniendo que perder ni uno ni el otro.

Estas palabras no eran bastantes para satisfacer al regente.

No insistió, conociendo que no ganaría nada; pero no por eso abandonó su resolución de acabar con esas relaciones, cuyas consecuencias le parecían mas y mas terribles.

Una mañana, Papelon, quien acababa de separarse de la reina, bajaba la escalera de la torre con el fin de salir, segun su costumbre, por la puerta del agua, y tomar por los edificios nuevos llamados *Residencia de Nesle*, donde tenia su alojamiento, sin verse obligado á atravesar el hotel.

Cuando llegó á la sala baja, dos hombres que parecían esperarle al paso, cayeron sobre él con pica en mano.

Apénas tuvo tiempo de hacerse á un lado y de sacar su espada para detener los primeros golpes.

—Atrás, asesinos!—esclamó, porque si me obligais á pedir auxilio, os perderéis sin remedio!

Aun no habia acabado de hablar, cuando un violento golpe de pica atravesó sus vestidos desviándose por sus costillas.

Papelon asió el cabo de la arma, y con un golpe de su espada derribó al hombre que la tenia.

Pudiendo entonces medirse con armas iguales con su adversario, cargó vigorosamente, y con un golpe mortal le envió á caer al dintel de la puerta, en el momento en que se abría para dar paso á otros dos asesinos armados como los primeros.

Sin darles tiempo de entrar, el intrépido escudero se precipitó sobre ellos á fin

de no tener mas que uno con quien combatir de frente, y despues de haber derribado á los dos, se lanzó hácia la puerta del agua, y saltó en la barca que le esperaba.

Papelon se habia salvado; pero este acontecimiento le reveló que tenia un enemigo poderoso.

Quiso conocerle, y algunas horas despues, referia á la reina lo que habia sucedido, declarándole que, si se quedaba impune el que habia hecho atentar contra su vida, saldria inmediatamente del reino.

Miéntas que el escudero hablaba, los ojos de Isabel chispeaban de furor.

—Quédate y no te espantes mas,—le dijo;—porque si no tienes una pronta satisfaccion de seguro que la tendrás completa.

Isabel adivinó fácilmente de donde venia el golpe, y desde entonces resolvió la pérdida del duque de Orléans.

X.

Rivalidad de los duques de Orléans y de Borgoña.—Intervencion del duque de Berry.—Entrevistas secretas de Isabel de Baviera y del duque de Borgoña en la torre de Nesle.—La comunión y el festin.—Asesinato del duque de Orléans.—Papelon y sus cómplices.

Ante todo, digamos qué clase de hombre era Juan-sin-Miedo, duque de Borgoña, de quien vamos á ocuparnos largamente.

“Juan-sin-Miedo, dice Michelet, (*compendio de la historia de Francia*), tenia mas ambicion que el duque de Orléans.

“Se creía mas poderoso aún que su padre muerto en 1404.

“Uno de sus hermanos era duque de Limburgo y de Bravante, el otro conde de Nevers.

“De sus tres hermanos, la princesa estaba casada con el hijo del conde de Hainaut, la segunda con Federico de Austria, y la tercera con el duque de Saboya.

“Todo este poder le animaba para cometer la mas grande empresa que hubiese entonces, la que inmortalizó al gran Guisa; recobrar Calais del poder de la Inglaterra. La expedicion, por falta de dinero, salió mal en 1406.

“Juan volvió á Paris, con la vergüenza y con la rabia en el corazón.

“En Paris halló á su rival el duque de Orléans, quien se envanecía de haber obtenido las gracias de la duquesa de Borgoña.

“Entonces Juan resolvió su muerte.

“Una noche que volvia de casa de la reina donde habia cenado, en la esquina de la calle Vieja del Temple, unos hombres armados cayeron sobre él y le hicieron pedazos (1047).”

Difícil seria hacer un compendio mas rápido, y á la vez mas completo de los acontecimientos de aquel tiempo; pero tambien valen algo los detalles que no pueden darse en ese compendio.

Por desgracia, esos detalles es preciso buscarlos en las crónicas, y esto es tanto mas laborioso, cuanto que en esas crónicas están casi siempre juntos los errores con las verdades.

Este caos es el que aquí nos proponemos desembrollar.

El duque de Borgoña habia vuelto á Paris, pocos dias ántes de la tentativa de asesinato de que escapó Pa. elon.

Puede que entonces el duque de Orléans se haya alabado de haber obtenido los favores de la muger de Juan-sin-Miedo; pero parece cierto que el rumor de esa intimidad se propagó por el cuidado de la reina Isabel, quien de repente se habia aficionado al duque de Borgoña, por quien hasta entonces habia sentido una indiferencia que se parecia mucho á la enemistad, con el objeto de sacudir el ascendiente que sobre ella tenia el duque de Orléans.

Sea de esto lo que fuere, esos rumores falsos ó verdaderos, envenenaron considerablemente la querrela de esos príncipes rivales, quienes hacia mucho tiempo que se disputaban el poder.

Mas de una vez, el duque de Berry, hombre de placer ante todo, habia logrado que se reconciliaran aparentemente; pero esas reconciliaciones duraban siempre muy poco, gracias á Isabel, quien habia concedido á Juan-sin-Miedo, la entrada en la torre de Nesle, y quien sin querer romper abiertamente con el duque de Orleans, habia resuelto desembarazarse de él á todo trance.

La última de esas aparentes reconciliaciones se hizo de la manera mas solemne. El duque de Berry habia tenido en su casa á los dos rivales y los habia tratado espléndidamente, segun su costumbre, y al fin de un largo festin, gracias á la elocuencia del anfitrión y á la expansion causada por sus excelentes vinos, los dos rivales se habian abrazado con una efusion enteramente fraternal.

Al dia siguiente comulgaron juntos en la iglesia de los Mayores-Agustinos y se dividieron la misma hostia.

El duque de Berry, que asistia á esa piadosa ceremonia, les volvió á llevar al hotel de Nesle, donde queria tratarles mas magníficamente aún que la víspera; pero, atravesando el jardín, Juan-sin-Miedo vió á Isabel en uno de sus balcones, y no bastó mas que una mirada de esa muger, para volver á encender su cólera y reavivar la sed de venganza que hacia tiempo le atormentaba.

En el momento de sentarse al banquete, su rostro se puso lívido, sus puños se crisparon, y poco faltó para que estallase.

Pero el duque de Berry, á quien no se escapó el movimiento, le dijo palabras tan afectuosas, que le obligó á contenerse para no turbar los placeres de este príncipe que le era tan benévolo.

En la misma noche, la reina recibió á Juan-sin-Miedo en su retrete favorito.

Qué pasó en esta entrevista?

Nadie podrá decirlo.

Con todo, parece cierto que se concluyó un convenio secreto, porque desde que Juan salió, la reina anunció que no volveria á Vincennes, de donde habia salido aquella misma mañana, y que iria á pasar algunos dias en el hotel de Barbette que le pertenecia, y que estaba situado en la calle Vieja del Temple.

Al mismo tiempo dió orden á Papeion de que fuera al dia siguiente á ver al duque de Borgoña, y de obedecer á este en todo lo que le mandara, diciéndole que si hacia esto, obraba por su propio interes.

Todo pasó como ella queria, y al dia siguiente, mientras que iba á instalarse al hotel de Barbette, el escudero iba al hotel de San Pablo donde estaba Juan-sin-Miedo, quien le acogió favorablemente, y como á un hombre cuya visita esperaba.

—Amigo,—le dijo el duque,—sé que sois hombre de valor y muy fiel; por esto queremos daros como teniente al capitán Raoul d'Ocquetonville, gentil-hombre normando, encargado de una expedicion para la que se necesitan hombres de vuestro temple.

En efecto, ese Raoul d'Ocquetonville era una de las almas condenadas de Juan-sin-Miedo, uno de esos hombres que no temen ni á Dios ni al diablo, y capaces de poner todo un reino á fuego y sangre, con tal de hacer un buen botin.

Aunque no conocia á Papeion, le recibió como á un antiguo conocido.

—Me alegró de tener tan buen compañero,—le dijo,—y quiero regocijarme llevándoos á la hostería de la Imágen de Nuestra Señora, donde platicarémos entre jarras y cubiletes.

Papeion no se hizo de rogar; y algunos instantes despues, los dos estaban en la hostería, bebiendo y hablando misteriosamente.

Al cabo de una hora, los dos hombres se separaron, citándose para el mismo lugar en la misma noche.

Papeion fué de allí al hotel de Barbette donde habia un gran movimiento, porque la reina al llegar allí habia sido atacada de parto.

Algunos instantes despues, parió, y el escudero no pudo verla.

Sin embargo, eso no le impidió que fuera en la noche á la hostería de la Imágen de Nuestra Señora, donde encontró á Raoul.

—Bebamos,—le dijo éste,—esta noche no tendremos que hacer el trabajo de que se trata, porque es cosa aplazada á causa del parto de la reina; pero

no es aplazada para mucho tiempo, y cuando se acerque la hora haré que se os avise.

Pasaron muchos días y Papelon no recibió aviso ninguno. Durante todo este tiempo, el duque de Orléans se había abstenido de ver á la reina, á fin de no alimentar de nuevo los malos rumores que corrían respecto de los dos.

“De todos esos galantes señores, dice un historiador, ninguno hacia á esa mujer impúdica mas asiduamente la corte que su cuñado el duque de Orléans; de ahí es que le acusaban de ser el padre del hijo adulterino que acababa de parir.”

Mientras tanto, Isabel cuyo parto había sido feliz, se había restablecido pronta.

Hizo saber al duque de Orléans que estaba muy descontenta de no haberle visto en circunstancias que debían interesarle muy particularmente.

Y, como una demasiado larga abstinencia podía tener los mismos efectos que un vivo empeño, el duque la mandó decir que en la misma noche iría á verla.

Era el 22 de Noviembre de 1407.

Una hora despues de puesto el sol, había en la hostería de la Imágen de Nuestra Señora, una numerosa reunion de hombres armados, enmedio de los que se hallaban Raoul de Ocquetonville y Papelon.

El primero, ademas de la larga espada que colgaba de su cinto, llevaba en él una hacha brillante y bien afilada.

El escudero estaba armado con una espada y con un largo puñal.

Todos los demas llevaban dagas y bastones.

Aunque todas esas gentes hablaban en voz baja, la conversacion estaba muy animada cuando se oyeron los pasos de muchos caballos que pasaban por la calle.

Un hombre, que evidentemente pertenecía á la reunion, y que estaba de centinela en el dintel de la puerta, se metió inmediatamente.

—El es, señor,—dijo á media voz.

Al momento, otro de la reunion salió de la hostería, y echó á correr sobre la huella de los caballeros que acababan de pasar, y que se dirigian al hotel de Barbette.

—Vino!—gritó Raoul al hostelero.

—Señor,—le dijo en voz baja Papelon,—me dejaréis la dicha de dar á ese feilon el primer golpe?

—Eso toca al mas pronto y al mas diestro,—respondió el capitán,—pero siempre me agrada veros con tan buenas disposiciones. Bebamos, pues, porque el tiempo no nos parezca tan largo; porque creo que el maldito no saldrá muy pronto.

En efecto, debía pasar mucho tiempo ántes de que volviera el hombre que había echado á correr sobre las huellas de los caballeros; porque estos no eran otros sino el duque de Orléans y su acompañamiento, que iban á ver á la reina; é Isabel, aunque muy débil aún, había puesto en juego sus mas dulces seducciones para detener al duque á cenar.

Eran algo mas de la diez.

El hostelero de la Imágen de Nuestra Señora, había invitado á sus huéspedes á que se retiraran, invocando las Ordenanzas que no permitian que se tuviese casa abierta despues de la queda.

Pero cada vez que les decia esto, Raoul d'Ocquetonville le había impuesto silencio, y como era el mas fuerte, el hostelero se había resignado.

De repente, el hombre que había seguido á los caballeros, llegó casi sofocado.

—Ya viene!—dijo dejándose caer sobre un banco.

—De pié, muchachos!—dijo el normando.

A estas palabras fué á la puerta y salió.

Todos le siguieron y fueron á alinearse, tras él bajo un techado que había en aquella calle.

Ya se veía á lo léjos avanzar una especie de cortejo alumbrado por unas antorchas que llevaban los lacayos.

—Raoul!—dijo una voz que parecía salir de la puerta de la hostería.

El capitán dejó á sus compañeros y se adelantó hácia un personaje que estaba inmóvil, euvuelto en una ancha capa.

—No es á él á quien veo venir?—dijo ese personaje cuando el gentil-hombre normando estuvo cerca de él.

—El es, monseñor, y estoy bien avisado; no esteis mas aquí.

El hombre de la capa se desvaneció como una sombra, y el capitán volvió á ponerse al frente de los hombres.

Dieron las once en el convento de los Mántos-Blancos.

Las antorchas que al principio se habían visto á lo léjos, no estaban mas que á una corta distancia de Raoul y de sus gentes.

Delante de esas antorchas, se adelantaban dos escuderos en un mismo caballo.

El animal, como si hubiese olido una trampa, se detuvo á la altura del techado y comenzó á encabritarse, luego se lanzó como un relámpago y desapareció con sus ginetes.

A su vez, llegaron los lacayos que llevaban las antorchas.

Detras de ellos iba un hombre en una mula.

—Sus! Sus!—esclamó Raoul.

Y lanzándose el primero, asíó con una mano la brida de la mula, y con la otra partió el puño del caballero que llevaba apoyado en la cabeza de la silla.

—A mí!—esclamó el herido;—soy el duque de Orleans!

—Lo sabemos,—dijo Papelon dándole una puñalada en medio del pecho,—y por eso te tratamos como asesino y ladron, porque eso eres.

Entonces cayeron como granizada sobre el cuerpo del duque golpes de daga, de baston, de hacha, y hacia mas de un cuarto de hora que había dejado de existir y aun le herian los asesinos.

Mientras tanto, la escolta del príncipe, un momento contenida ó dispersada por los asaltantes no tardó en reunirse; pero los asesinos, para divertirse, habían

puesto fuego à la hostería de la Imágen de Nuestra Señora, despues de lo cual habian huido en todas direcciones gritando:

—Al asesino!

A los primeros gritos se abrieron todas las ventanas de las casas de las cercanías.

A la luz del incendio acudieron los vecinos; y mientras que los unos trabajaban en apagar el fuego, los otros se agrupaban en derredor de los criados del duque de Orléans, quienes levantaban el cadáver de su señor, horriblemente mutilado.

Habíanle cortado los dos brazos, uno arriba del puño, el otro arriba del codo.

Habíanle abierto la cabeza de un hachazo, y el cuerpo acribillado yacia en el arroyo, cubierto de lodo, de sangre y de sesos.

Bien pronto, los parientes y toda la casa del duque, instruidos de lo que acababa de suceder, acudieron al lugar de aquella horrible escena; pero en vano buscaron à los culpables.

No hallaron mas que el cadáver desfigurado del príncipe, el cual hicieron llevar al hotel del mariscal de Rieux, situado cerca de allí.

Cuando Papelon fué al hotel de Barbette, un poco despues de media noche, se le dijo que la reina le habia enviado à llamar muchas veces, y que seguramente le esperaba con grande impaciencia.

Apresuróse, pues, à ir à ver à Isabel, y le introdujeron sin dificultad à su presencia, aunque se hallaba en la cama.

—Te has vengado, amigo mio?—le preguntó Isabel cuando estuvieron solos.

—Ha muerto el traidor, señora,—respondió el escudero.

Y sacando su puñal, añadió:

—Y podemos enseñaros el color de su sangre.

El aspecto de aquella arma ensangrentada, no causó à la reina una grande emocion.

Se hizo referir todos los detalles del acontecimiento, y despues de haberlos oido se durmió tranquilamente.

Al dia siguiente el duque de Borgoña fué al hotel de Barbette, donde fué acogido como un salvador.

—Señora,—dijo despues de una conversacion muy animada,—es preciso no detenernos en tan buen camino. No dejemos que despues de sacado el vino se lo beban nuestros enemigos.

—Querido duque, no somos ahora los señores?

—No, señora; porque yo no soy nada, y vos misma no teneis mas que un poder incierto é incompleto.

—Amado Juan, olvidais que ahora somos la sola regente del reino?

—No os desagrada, encantadora reina; pero no habrá regencia mas que de nombre, mientras que esté al lado ese maldito de Bernardo d'Armagnac, quien se

aprovecha tan bien de los momentos de razon que algunas veces tiene nuestro señor Carlos VI.

Esta vez se espantó Isabel.

Al pensamiento de un nuevo asesinato, hubo en su espíritu una especie de reaccion.

Es verdad que el conde d'Armagnac era su enemigo.

Escitaba sin cesar al rey contra ella, y en cuanto à aquel pobre monarca de quien era la sombra, volvía un momento de razon, se aprovechaba de él para obtener nuevos favores, un poder mas grande, y para acabar de perder à Isabel pintándola con los mas negros colores à los ojos del desgraciado insensato.

La reina sabia todo eso.

Pero en aquel momento estaba saciada de asesinatos, y acaso tambien la espantaba la creciente audacia de Juan-sin-Miedo, que no podia tardar en amenazar aun su misma autoridad.

—Juan,—le dijo despues de algunos momentos,—ese camino de que hablais, no es tan hermoso como os parece, y el conde Bernardo no es para vos tan temible como los Orléans, pues Valentina Visconti à quien ha hecho viuda, puede mas que él en el turbado espíritu del rey. En consecuencia, no podemos consentir en hacer de la corte un cementerio. Busquemos mas bien la paz, que es el medio mas seguro y ménos terrible de abatir el orgullo de nuestros enemigos. Inmediatamente que nuestra salud se restablezca completamente, irémos à ver al duque de Berry. Este querido tio está sentido con nos, pues no le hemos visto aquí con motivo de nuestro alumbramiento; pero nos reconciliarémos con él, y le conocemos gran hacedor de amistades, para dudar que nos ausilie en esta ocasion.

Estas razones no convencieron enteramente al duque de Borgoña; persistió en creer que los muertos son las únicas gentes de quienes no se tiene que temer, y aunque no dijo nada al retirarse, estaba mas resuelto que nunca à ejecutar sus sanguinarios proyectos, y à marchar derecho al poder supremo que era el fin que se proponia.

Pero cuando pensaba en continuar sus ataques, se vió de repente forzado à pensar en defenderse.

Acusábasele de ser el autor del asesinato del duque de Orléans.

La viuda de éste, Valentina Visconti, habia hecho jurar à sus hijos, sobre el cuerpo sangriento de su padre, no conceder ni paz ni tregua al asesino, y vengarse terriblemente de ese crimen.

El conde d'Armagnac, cuya hija debia casarse con el nuevo duque de Orléans se unió à aquella princesa, y el delfin, aunque muy jóven, aún, se hizo gefe de aquel poderoso partido.

Juan-sin-Miedo, no conociéndose en ese momento bastante fuerte para sostener la lucha, se dispuso à salir de Paris; pero ántes quiso dar una nueva prueba de su audacia, y se declaró abiertamente autor del crimen que se le imputaba.

Luego, escoltado por su servidumbre y por una parte de la banda de asesinos

mandada por Raoul d'Ocquetonville, salió de la capital dirigiéndose á sus Estados, donde llegó sin contratiempo.

Isabel se espantó del vacío que se hizo en su derredor despues de ese acontecimiento, y apenas se restableció, à pesar del extremo rigor del frio, se hizo llevar al hotel de Nesle esperando encontrar allí á lo ménos un rostro amigo.

Pero el duque de Berry la recibió con cierta violencia, que pudo hacer juzgar inmediatamente de las disposiciones de su espíritu.

Y nó era porque este príncipe valiera mas que sus sobrinos; pero estaba cansado de esas querellas que turbaban sus placeres.

Y ademas, habia esperado que la muerte del duque de Orléans le volviera alguna influencia en los negocios, y le permitiera restablecer sus fondos disipados, y nada de todo eso habia sucedido, porque el poder quedó al conde d'Armagnac, que no era hombre de dejarlo fácilmente.

—Bella sobrina,—dijo á Isabel,—es cosa muy triste que todos mis esfuerzos para seros agradable, no hayan concluido sino por hacerme la vida pesada, cuando habeis favorecido tanto á los que han tomado un camino contrario.

—Querido tío,—respondió Isabel,—no ha consistido en Nos que no esteis mas satisfecho; pero no hay tiempo perdido, á Dios gracias, y si seguís siendo mi amigo, harémos mas y mejor que en lo pasado.

El duque comprendió que le necesitaban, y pensó hacerse valer.

—Nunca hemos dejado de ser vuestro adicto servidor,—replicó,—pero es verdad que siempre hemos perdido nuestro trabajo en agradaros, y no creemos tener hoy mas poder que ántes.

—Hermoso tío, no podeis ser tan amigo de la paz entre los hombres para querer hacer la guerra à una muger. Así es que uniréis ciertamente vuestros esfuerzos à los míos, para que no estalle la guerra entre armañacs y burguiñones, y para obligarles á no salir de los límites de sus derechos. Para eso os darémos plenos poderes, y tambien para otros hechos, si con vuestra ayuda, conservamos el poder que legitimamente nos ha concedido el rey.

El duque comenzó á hacerse mas tratable.

Creyéndose el diplomático mas hábil de su época,—y acaso lo era,—entrevió grandes y fáciles triunfos al través de las dificultades de la situacion.

Dijo que esas eran cosas sobre las que era preciso conferenciar detenidamente, y á causa del extremo frio, instó á la reina á permanecer en el hotel de Nesle, á fin de que sin mucha molestia, pudieran verse todos los dias.

En efecto, el invierno encrudecia con un horror inaudito.

Se podrá juzgar esto, por el siguiente extracto de los *Registros del Parlamento*, del martes 31 de Enero de 1408.

“Hoy ningunos consejeros ni jueces han venido á palacio, á causa del peligro de las grandes y horribles nevadas que desde ayer en la noche, comenzaron á bajar y á correr por los puentes de Paris, y especialmente por los pequeños puen-

tes, y no sin causa; porque, puesto que la estacion y el tiempo han sido tan frios, ha habido heladas desde San Martin prócsimo pasado, y en especial ha sido este frio tan crudo y tan rígido por las dos lunaciones prócsimas pasadas, que ninguno podia trabajar.

“El mismo escribano cartulario, aun cuando ponía cerca de él lumbre en una paleta para conservar su tinta, siempre se le helaba en su pluma, de dos ó tres en tres palabras, y tanto que no podia ni encabezar, y que por esas heladas se han cuajado los rios, y en especial el Sena, de tal modo, que por él se caminaba, se iba y se venia, y pasaban coches sobre la nieve, y que hubiese sido tanta abundancia de nieve, como no la hay en la memoria de los hombres; y tanto que en Paris habia grande necesidad, tanto de leña como de pan, porque estaban helados los molinos.

“Si no hubiera sido por las harinas que se traían de países vecinos, y que dichas heladas, nieves y frios, se hubiesen moderado desde el último viérnes por la nueva conjuncion lunar, y que los hielos se hubiesen desecho en partes y en témpanos.

“Esos témpanos por su impetuosidad y tropezones han destruido hoy los dos pequeños puentes (el puente Chico y el puente de San Miguel); el uno era de madera, que se unia al pequeño Châtelet, y el otro de piedra llamado el *Puente Nuevo*, que habia sido hecho hace veintisiete ó veintiocho años, y tambien todas las casas que estaban encima, que eran muchas y hermosas, en las que habitaban muchos artesanos de muchos Estados, mercancías y oficios, como tintoreros, escritores, barberos, costureros, espueleros, tapiceros, constructores de harpas, librereros, &c., &c.

“A dios gracias no pereció ninguna persona.”

A lo mas fuerte de este invierno fué cuando la reina Isabel, cediendo al deseo del duque de Berry, fué á instalarse de nuevo á la torre de Nesle, que habia sido anteriormente su residencia predilecta, y fué para ella una especie de prision durante esos tristes dias.

Tan grande así era su aislamiento.

Porque á escepcion de las visitas que le hacia el duque de Berry, no tenia mas sociedad que la de sus damas y la de Papelon; pues toda la corte se habia unido á los Armagnacs, cuyo poder parecia consolidarse mas y mas.

Mièntas tanto, el duque de Berry negociaba para hacer la reconciliacion de la reina con Bernardo d'Armagnac, único medio de que reconquistara Isabel el poder que se le habia escapado,—porque ya no era regenta mas que de derecho,—y aunque eso presentaba grandes dificultades, el duque tenia aún fé en su habilidad diplomática, cuando un acontecimiento vino á destruir todas sus esperanzas.

Despues de la honrada operacion por medio de la cual el duque de Orléans habia llenado sus cofres, inundado con moneda falsa la Francia y una parte de la Alemania, Papelon, segun hemos dicho, se habia separado de sus compañeros.